

La mirada según Carmen Pallares



África, el odio, la guerra

El odio y su guerra esencial es una ofensiva permanente librada en la conciencia individual. Lo primero que suprime el odio, lo primero que mata su guerra es la posibilidad de elegir otra cosa que no sea el error: descarta todo cuanto no es él mismo.

Mediante esa tarea indeseable, el odio ocupa el lugar del amor, desalojando de la conciencia toda responsabilidad moral, y el verdadero enemigo no es identificado por los sentimientos, los pensamientos y las voluntades individuales. Así, crecientemente, con su siniestra arma, puede seguir negando el principio espiritual de la conciencia y continuar su acción subvertidora en ella, hasta lograr sin estorbos su objetivo: implantar en lo humano lo inhumano y privarnos finalmente de la decisión libre de actos de amor.

A lo largo de veintiocho años, entre 1971 y 1999, Jorge Rando no quiso entrar en su estudio dejando al otro lado de la puerta las conquistas de las fauces diabólicas del odio materializado con matanzas y guerras declaradas y soterradas, fratricidas, tribales, civiles, con hambrunas, miseria y crueldad inacabables: los horrores de Etiopía, Ruanda, Serbia, Somalia, Bosnia, Sudán, Croacia, Costa de Marfil, Senegal, Mozambique...

“Sentí y sigo sintiendo la necesidad de dar voz en mis obras a los que no la tienen”, ha manifestado siempre Rando en las entrevistas relacionadas con las exposiciones de esta colección...

Evolución, materia y espíritu

Un óleo fechado en 1978 y otro datado en el 2005 son extremos de la evolución plástica de Jorge Rando. En el primero, la espátula y la brocha cargadas de pasta cumplen la misión de conformar enteramente la obra, con un tipo de toque cuya figuración pierde toda referencia representativa en cuanto aislamos cualquiera de sus partes y nos adentra en la abstracción; en el segundo, el instrumento único es el pincel y la densidad del óleo ha sido drásticamente rebajada, ni las pinceladas ni el color ni el tipo de aplicación varían cuando la línea entra a formar parte de la obra, quedando así el dibujo y su referencia figurativa superpuesta y flotante en el total de la superficie pintada, ya que la línea no es más que la que suscita el encuentro entre dos colores o entre tonalidades de un mismo color, y se manifiesta como si hubiera cortado los puentes con el resto de los elementos plásticos sin establecer acuerdos. Hasta podemos concluir que la pintura y la abstracción van por su lado y el dibujo y la figuración por el suyo.

¿En qué modifican tales decisiones y cambios expresivos los asuntos y temas? ¿Qué indican en cuanto a la evolución del pensamiento y el propósito del pintor? ¿Qué quiere decirnos ahora?

Puesto que cambiar de forma altera el contenido, sea matizándolo en algunas facetas, sea modificándolo tan sustancialmente que llegue a transmitirnos otra cosa –forma y contenido son términos y realidades complementarias, aspectos de esa unidad expresiva que es la obra-, merece la pena detenerse a registrar vivamente y dejar actuar en nosotros los cambios de elección y de uso que pone en marcha un artista. Por ejemplo, que un pintor consciente rebaje tan rotundamente la densidad de la materia

La mirada según Carmen Pallares



con la que ha venido trabajando es algo a lo que importa prestarle atención más allá de la reseña descriptiva; hay que atenderlo con un hecho que nos alerta de un cambio expresivo en su lenguaje artístico y en su intención comunicativa, ligados íntimamente al contenido y al propósito artístico de su autor.

En la obra de 1978 Jorge Rando utiliza las cualidades del óleo como materia densa y opaca, capaz de registrar escrupulosamente marcas y relieves en su cuerpo untuoso y cubriente. Es el estado en el cual lo ha venido utilizando durante años en su aplicación con espátula. Además, son numerosas las obras en las cuales el óleo se muestra empastado en la mayor parte de las superficies y rebajado en determinadas zonas. Pero en la obra del 2005- y en las actuales, sea cual sea su temática- el cambio es radical: el pintor ha prescindido de toda empastación, la mayor dosis de trementina vuelve muy fluyentes las pinceladas, la consistencia de la materia es tenida ahora como expresivamente insatisfactoria y lo que ha pasado a valorarse es la ligereza, en lugar de la cualidad tupidora, y la transparencia, en lugar de la opacidad.

Siempre, en tan largo ciclo, Jorge Rando ha ligado la representación física de los padecimientos y las actitudes de pesadumbres anímicas; mas, de forma creciente, en sus obras ha ido intensificándose una especie de desconfianza hacia las representaciones pictóricas de lo físico, para ir dando entrada a una especie de convencido afán por sugerir lo anímico y evocar lo espiritual; y ello apelando a una esfera que conforma el mundo materialmente calibrable y le presta su impulso. Hay, pues, otro interés por parte del pintor, hay otra necesidad, y da cuenta de ella formalmente.

La primera de las pistas visuales que tenemos de lo dicho quienes contemplamos sus cuadros es la más básica y directa, algo que muchas veces pasamos por alto como sobradamente sabido, sin advertir que es solo nuestra suficiencia la que estamos teniendo en cuenta. Me atrevo a decir que observar minuciosa y confiadamente el baile siempre enlazado de la pareja forma y materia, con todas sus figuras, ritmos, direcciones y evoluciones es imprescindible para lograr esclarecer las intenciones del pintor; este no obedece sin más las imposiciones de la naturaleza de la materia elegida, y ella no le permite intervenir en sus condiciones predominantes sin llegar a acuerdos. En la actualidad esto es aplicable a los pintores que usan deliberadamente la materia de un modo tradicional, es decir, los que no quieren o no precisan forzar ni alterar los ingredientes y los procedimientos para servirse expresivamente de ella, sino moverse con libertad entre los parámetros que les ofrece. Rando es fidelísimo al óleo, respeta y aprovecha las características de su naturaleza, el conocimiento y la confianza en su comportamiento es mutuo, y la colaboración es, pues, fecunda.

El óleo de este pintor es un desvelador. De su aplicación con cuerpo y densidad, Rando requirió una alta dosis de presencia de lo sensorial- registro de lo físico- a la que correspondía una vista táctil por nuestra parte; de su aplicación rebajada, fluida, sin relieves, sin aprovechar casi su untuosidad, podemos colegir con certidumbre, sin inventarnos nada, que sus intenciones temáticas y el comportamiento estético del óleo, estrechamente ligados, nos hablan de otra manera porque quieren transmitirnos otra cosa, como su interés acrecentado por la transcendencia, su estima del espíritu como principio configurador en la vida y latido de las formas. Este pintor es un disidente de la concepción materialista dominante en nuestra época cultural, y en las obras pintadas en los últimos años

***La mirada** según Carmen Pallares*



transmite libremente su decisión de manifestar tal disidencia, así como su oposición a las restricciones, coacciones e improperios que tal reflejo materialista ha instituido como los únicos cabales para nuestro tiempo.

***AFRIKA
ADIO***